

Premio, Concurso XXVIII, 1995

LA CONFESIÓN DE GAGANOV

Ensayo sobre el papel del narrador en *Los demonios*, de Dostoyevski

Ana María Sánchez Mora*

El que suscribe, Anton Lavrentyevich Gaganov, de profesión cronista, en pleno uso de sus facultades y por su propio derecho, declara lo siguiente:

I

Reconozco humildemente que debo mi existencia al señor Feodor Mijailovich Dostoyevski, quien me asignó en su obra *Los demonios* un papel preponderante (aunque no del todo satisfactorio, como se verá). No pecaré de mal agradecido ni, abusando de la fama de que gozo gracias a él, osaré emitir una sola palabra en contra de mi ilustre creador. Sin embargo, ese mismo papel destacado me hace que considere un deber aclarar algunas cuestiones sobre la novela a la cual me debo (novela que, dicho sea de paso y sin falsas modestias, indirectamente es producto de mi voz narrativa).

No se piense, por favor, que escribo estas líneas porque mi creador ya no puede rebatirme. Tampoco, libreme Dios, es un asunto de regalías o de créditos el que me mueve. Se trata de otro tipo de injusticias que fueron cometidas contra mi persona y contra otros personajes que, aunque desafortunadamente no pueden hablar en primera persona, cuentan con mi voz para expresar (gracias a la libertad que nuestro autor nos concedió) algunas opiniones.

Una vez aclaradas mis intenciones procedo a explicarme.

II

Cualquier lector medianamente instruido habrá notado que soy un narrador omnisciente y omnipresente, ya sea de los más oscuros secretos o de los más recónditos lugares. El señor Dostoyevski me concedió dominio absoluto sobre el espacio, el tiempo y las conciencias ajenas. Tal vez a alguno de ustedes les pueda parecer magnífico el poder colarse por las cerraduras, volar sobre calles lodosas o tener acceso a pensamientos ajenos y cartas privadas; lo que no imaginan es la cantidad de impropiedades y acu-

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

saciones que he recibido por ello, al grado de ser llamado chismoso y hasta indecente por alguno de mis compañeros de novela. Madame Shatova, por ejemplo, me ha reclamado ácidamente, con el mal genio que la caracteriza, mi presencia en el nacimiento de su hijo, una escena por demás íntima y desgarradora. Mi presencia invisible no se debió a un gusto mío, lo juro. A mí los partos y esas cosas de mujeres me acobardan. Sin embargo, por disposición del autor tenía que describir *in situ* el espíritu cristiano, idealista y generoso de Shatov, el padre putativo, cuyo amoroso júbilo había de contrastar tenebrosamente con lo que los lectores sabían, también gracias a mí: su muerte inminente y violenta. Que conste, pues, que fui utilizado indiscretamente en aras de un artilugio literario de (según se dice) altos vuelos. Añado que esa escena me costó muchos sudores y palpitaciones, al grado que sufrí una fiebre que no se me permitió narrar en la novela (sesgadamente, pues en cambio fui obligado a narrar toda clase de pujidos, desmayos e indisposiciones de otros). Si ustedes hubieran tenido que correr con Shatov a casa de Kirillov, luego con Liamshin (ese cobarde que casi me provoca la congelación) por dinero, luego a casa de Virginski y de regreso, habrían detestado los poderes omnipotentes, como yo lo hice en su oportunidad.

Otra escena donde yo no debí haber estado por no faltar a la delicadeza es aquella en la que Varvara Petrovna (a sus pies, señora) después de tomar el té, se sienta a coser con Dasha y le sugiere, o más bien le ordena, que contraiga matrimonio con Stepan Trofimovich. Yo realmente tenía mis ojos puestos en esa prudente muchacha y me alegró que Varvara Petrovna la disuadiera de cualquier intento de relación con su Nicolás. Pero imaginen mi impotencia y mi contrariedad cuando, a continuación, le ordena casarse con un hombre viejo, anquilosado y pretencioso. (Este comentario no significa que no apreciara al viejo, como bien dejo notar a lo largo de toda la novela).

Justifico mi presencia con un “como cronista, me limito a presentar los acontecimientos con fidelidad, exactamente como ocurrieron, y no tengo la culpa de que parezcan improbables, etc...” Pero los arreglos domésticos y financieros de la dama me hicieron sentir francamente mal. Ya ven ustedes que faltaba mi auténtica opinión.

Abordaré otra escena donde me veo penosamente indiscreto. Es cierto que la pobre Iulya Mihailovna me da mucha lástima, como expresé; y aunque digo que “no me cumple a mí abordar el tema”, que “no sé cómo contar ciertas cosas” y que “tampoco es de mi incumbencia discutir errores gubernamentales”, me introduzco con Andrei Antonovich al mismísimo *boudoir* de su esposa para escuchar, junto con ella, todo lo que bullía en su alma, para presenciar su humillación y la degradación que siente porque ella ha creado dos centros de poder: la administración pública y el matrimonio.

Muy a mi pesar, tuve que asistir a su pataleo y a sus sollozos (cuánta pequeñez puede mostrar un hombre). Me animé un poco cuando en medio de chillidos la amenazó con disolver el estúpido festival a beneficio de las institutrices pero al mismo tiempo me percaté del inicio de su locura. La escena llegó al colmo y pude huir de allí gracias a la troika del inspector Filibusterov.

Éstas y otras escenas que me vi obligado a presenciar para narrarlas, me han dejado fama de indiscreto. Pero no olviden que la propia Iulya Mihailovna me contó parte de la historia casi con remordimiento (porque una mujer nunca siente completo

remordimiento). Quiero repetir que, de haber estado en mi voluntad, jamás habría realizado tales acciones vergonzosas.

Pero es tan sólo un lado de la cuestión, señores. ¿Qué hay de las escenas donde puse en peligro mi vida? Sí, señores, mi propia vida. Me referiré a una que me heló la sangre. Recorrí con Nikolai Vsevolodovich toda la calle Bogoyavlenskaya, bordeada de tugurios y llena de barro (gracias a Dios yo volaba), hasta que se encontró con Fedka el presidiario. Yo esperaba que le diera los tres rublos para que nos dejara en paz (¿qué le costaba?) y él en cambio lo despidió con cajas destempladas. Después de la siniestra entrevista con la demente Marya Timofeyevna (ya pueden suponer mi estado de ánimo), salimos para encontrar otra vez al asesino. Imaginen mi pánico, yo a unos centímetros de Nikolai Vsevolodovich cuando Fedka saca una cuchilla de zapatero. Me salvé de milagro. Pero cuando Stavrogin le espetó: “¿Cómo que lo viste con tus propios ojos? Habrás entrado allí de noche”, yo estaba tan nervioso que creí que era a mí a quien interpelaba y estuve a punto de contestarle: sí, Stavrogin, pero no fue mi culpa. Me mandaron.

III

Quiero asentar una enérgica protesta porque, a pesar de la posición omnipresente y omnisciente que me condujo a peligros sin fin y a indelicadezas extremas, el señor Dostoyevski me ningunea cuanto puede. Con grandes esfuerzos y a lo largo de cientos de páginas (cuya estructura, dicho sea de paso, es bastante arbitraria), los lectores llegan a saber bien poco sobre mí:

- que soy hombre todavía joven
- que poseo una educación clásica
- que estoy relacionado con la mejor sociedad
- que fui discípulo de Stepan Trofimovich
- que soy un despiadado crítico del anterior
- que soy socio del club
- que gozo de la absoluta confianza de Shatov
- que soy miembro del grupo de revolucionarios
- que soy funcionario público
- que me indignan la grosería y la indelicadeza
- que mis irritaciones son mezquinas y absurdas

En efecto, tengo virtudes y defectos, como todos. Pero Dostoyevski cometió algunas imprecisiones que además se prestan a contradicción. Por ejemplo, todos los lectores se preguntarán por qué nunca estoy en mi oficina, de dónde saco el dinero para vivir; cómo, si me indigna la indelicadeza, me dedico a husmear en las vidas ajenas, etc. Pero esto dejémoslo de lado. Lo que sí me parece humillante y ofensivo es la reticencia del autor a mencionarme por mi nombre. Una sola vez (en un contexto por demás denigrante, pero más tarde me explicaré) se dice mi nombre: Anton Lavrentyevich. Respecto a mi patronímico, inexplicablemente se deja en las letras inicial y final: G-v. He tenido, por respeto a mí mismo, que completarlo y el único que he hallado a la mano y que concuerda con las letras es Gaganov. Desafortunadamente, esta elección me hace necesario aclarar que a Piotr (luego llamado Artemi) Pavlovich Gaganov y

a mí no nos une parentesco alguno. Eso que se rumora de que siendo él uno de los directivos más respetados de nuestro club pudo hacerme ingresar como socio, aun sin poder justificar mis antecedentes familiares, es una bajeza. Y es mentira que me reí con el incidente del jalón de narices; Stavrogin es un tipo tan poco interesante (pero no hay por qué adelantar juicios) que recurría a tonterías como ésa para darse a notar, cosa que me pareció repugnante pero no chistosa.

Por otro lado, sé que al llamarme Anton se han despertado sospechas sobre si la novela *El desgraciado Anton* se refiere a mi persona. No conozco a fondo la literatura rusa y es una lástima (impiedad, si se quiere) que el caso de un tal Anton Petrov no se discuta más ampliamente. Creo que lo que el señor Dostoyevski quiso fue ironizar a mi costa.

IV

Lo anterior me lleva a analizar el contexto denigrante en que mi nombre se cita. La madre de Liza, vieja maniacodepresiva, se despide de mí diciendo: "Adiós, señor. No conozco su nombre". Yo se lo digo y entonces replica: "Es igual, porque me ha entrado por un oído y me ha salido por el otro". Pero dejemos a esa repugnante y mal educada señora cuya hija me sorprendió al exponer su descabellado proyecto literario a Shatov.

Como al comandante del ejército, Kapiton Maximovich, a mí me gusta oír conversaciones inteligentes, con tal de que sean de hombres. Sin hombres, las mujeres se morirían como moscas. Ésa es también mi opinión. Odio al feminismo y doy gracias a Dios de mi condición de célibe.

Para muestra, echen un vistazo a mis compañeras de novela: Lizaveta Nokolayevna, criatura histérica e insensata, que en cuanto puede se ensaña con Mavriki Nikolayevich; Marya Ignatieva, mujer de cascos ligeros que se aprovecha de la bondad de su marido; Praskovya Ivanovna, cuya descortesía y mal humor desesperan a todos; la cuñada de Virginski, solterona taciturna y malévola; la sobrina de Virginski, muchacha insolente y rencorosa; Arina Prohorovna (esposa de Virginski) nihilista pero amante del dinero y los convencionalismos sociales; Sofya Matveyevna, dama de dudosa reputación y vendedora ambulante; Iulya Mihailovna, enredosa cabecita loca con ensueños de grandeza; Marya Timofeyevna, demente con aires de pitonisa; Piotr Stepanovich, que aunque de sexo masculino, tiene todos los defectos del marica: intrigante, vividor, cobarde, ocioso, mentiroso y burlón, arrastrado y engreído.

Para contrastar con la anterior lista de infamias, permítanme dejar aquí mi más cumplida alabanza a dos mujeres excepcionales, cuyas dotes sobresalen a lo largo de la novela; Varvara Petrovna, madre dedicada, mujer de finanzas, protectora de los humildes, amorosa amiga, fuerte de carácter, digna viuda, mecenas dilectísima, religiosa y honesta, paciente y entregada. Darya Pavlovna, muchacha pura, discreta e inteligente, educada y silenciosa, dócil y bella. (Jamás te perdonaré, Piotr Stepanovich, que hayas insinuado que Dasha cometió un pecado durante su estancia en Europa.) Gracias a estas dos estrellas, a estas casi santas, el género femenino puede sentirse orgulloso.

Caben aquí dos aclaraciones. Una, que no es cierto que yo comía y tomaba el té a

costillas de las señoras; otra, que reconozco que madame Virginskaya actuó tan bien su papel en casa de Shatov, que mereció ser reproducida en un cuento de Chéjov.

V

Si me permiten, el señor Dostoyevski fue muy generoso en su dotación de personajes. Pero hay uno en particular del que quisiera hablar ahora. Se trata de Karmazinov.

Gracias a los intrigantes de la literatura, sabemos que Karmazinov es una caricatura malévolamente del gran novelista Turgenev. La descripción que hace de su corta estatura, su ceceo aristocrático, su deseo de admiración ilimitada, es producto de la envidia y el encono. Sabemos que Turgenev no se preocupaba, como Dostoyevski, por lo que iba a comer al día siguiente. ¿Y qué culpa tiene Turgenev de que haya sido así?

Yo he sido una gran admirador de Turgenev y por ello protesto airadamente por la escena en que el señor Dostoyevski me hace avergonzarme de haber corrido a recoger la retícula de Karmazinov. Es cierto que él se me adelantó, pero se me obligó a describir un azoramiento y un aire servil que no reconozco. Me duele también la escena del almuerzo donde el gorrón de Piotr Stepanovich hace mofa de un manuscrito del maestro y de sus ideas cosmopolitas. Finalmente, la escena del festival en que se humilla al gran literato durante la lectura de una obra dedicada al público al que siempre se ha entregado, si bien se ha dicho por allí que me causó gran risa, quiero aclarar que se trató de risa nerviosa.

VI

Respecto a la "Confesión de Stavrogin". Muchos han equiparado ese personaje con cristos y anticristos, con el héroe romántico, con la encarnación del mal y muchas otras fantasías. Ya que me fue imposible hacerlo en su debido momento, deseo comentar que Nikolai Vsevolodovich es desde mi punto de vista un niño rico y mimado que gasta bromitas pesadas y que por aburrimiento entra al grupo revolucionario con el que, por cierto, no se compromete. Es verdad que tiene una fuerza excepcional, pero ni ésta ni su aspecto físico (que describí para beneplácito de los estetas) son la razón de su atractivo hacia las mujeres. Lo digo con todas sus letras: el atractivo de Stavrogin es la herencia que va a recibir. Si se casó con una demente, es porque le pareció divertido. La escena equívoca en que Liza le lloriquea y él se pone pálido, gimotea y se desespera, no tiene que ver con grandeza de espíritu: es la descripción de un síntoma llamado fastidio vital.

Tal vez esa escena fue la que decidió al señor Dostoyevski a escribir (sin requerir ya de mis servicios) la famosa "Confesión" con el ánimo de que su vapuleado vampiro retomara su carácter siniestro y maléfico. Si sabemos que el autor leyó a Sade, ¿cómo pudo suponer que nos espantaría con niñas golpeadas y robos a empleadillos? Con razón Tijón no sabe qué decir; el rosario de pecadillos es francamente aburrido. Lo anterior no quiere decir que yo sea incapaz de juicios morales; desaprubo la conducta de Stavrogin y me alegro de que semejante descripción de villanías no forme parte de la novela donde yo me he criado.

VII

Como he dicho antes, soy un hombre sumamente recto y capaz de admitir mis propios errores y vicios. No pretendo hacer una confesión a ningún fraile, no soy tan infantil. Tan sólo quisiera hacer públicos tres incidentes en los que participé colateralmente, quizás abusando de mi omnipresencia.

Mi participación en el festival literario no fue del todo inocente. En mi calidad de acomodador, pude haber detenido los avances de la multitud ávida de escándalo. Sin embargo, en ese momento me divertía con los versos obscenos y con los gritos a los participantes. Apelo a su comprensión: yo era tan sólo un joven con ánimo de divertirme.

Sé que pude haber avisado de la conspiración contra la vida de Shatov a muchas personas y no sólo a los lectores. Me pesa sobre manera haber defraudado la confianza de ese buen hombre. Para aminorar mi desliz, diré que fui obligado a callar en aras, como ya mencioné, de los designios artísticos del señor Dostoyevski. No admito, en cambio, que se diga que yo participé activamente en el horrible crimen. Estaba aterrorizado y eso me impidió (contrariamente a lo que se dice) que yo le colocara una de las piedras.

VIII

Todas las anteriores aclaraciones van dirigidas al simple lector de *Los demonios*. Dedicaré este apartado para precisar algunos conceptos que Mijaíl Mijailovich Bajtín y George Steiner han emitido en referencia a mi persona.

En primer lugar, es una injusticia que Bajtín destaque como la escena más carnavalizada, plena de escándalos y compleja, a la del salón de Varvara Petrovna cuando, gracias a mí, tal escena es indudablemente la del festival. ¡Y dice Steiner que Stavrogin es el catalizador de las acciones!

Cito a Bajtín: “Los personajes como Stavrogin no podían mostrarse en un tiempo biográfico o histórico normal. La misma polifonía... exige una concepción distinta del tiempo y del espacio”. Yo no sé nada de polifonías, pero el manejo del tiempo se debe a mis dotes narrativas. Es cierto que en algunas ocasiones soy algo impreciso, pero esto se debe a que el autor me colocó en aprietos. Al respecto, dice Steiner: “El hecho de que el grueso de los incidentes narrados en *Los demonios* cubre sólo cuarenta y ocho horas es fundamental para las intenciones y la visión de Dostoyevski”. Como ven, hice lo que pude.

Aprecio que Bajtín haya tenido la delicadeza de mencionar la difícil tarea del narrador: “El relato del narrador es análogo a la estilización en tanto que sustitución estructural de la palabra del autor, y que puede ser desarrollada en forma de un discurso literario (narradores-cronistas en Dostoyevski) o en forma del relato oral, el skaz en el sentido propio de la palabra. También en este caso el estilo verbal ajeno se aprovecha por el autor como un punto de vista, como posición necesaria para llevar a cabo el relato, pero la sombra de objetivación que recae sobre el narrador es en este caso mucho más espesa que en la estilización, y el convencionalismo resulta mucho

más débil. Por supuesto el grado de objetivación o de convencionalismo puede ser muy variado, pero la palabra del narrador jamás puede ser plenamente objetivada, incluso cuando el narrador viene a ser uno de los personajes". Observen cómo Bajtín reconoce que nuestro discurso es literario y que el autor se aprovecha de nosotros.

Sin embargo, cuando se refiere explícitamente a mi persona, resulta sumamente duro: "Es cierto que los cronistas narradores de Dostoyevski escriben sus apuntes (i) después del término de todos los acontecimientos y aparentemente desde una cierta perspectiva temporal. El narrador de *Los demonios*, por ejemplo, constantemente dice: 'ahora que todo esto ya se acabó', 'ahora que lo recordamos', etc., pero en realidad estructura su narración sin una perspectiva sustancial". Por Dios ¿qué quería Bajtín de mí? El señor Dostoyevski (y no lo digo yo sino Steiner) hizo unos apuntes y notas aquí y allá sobre la muerte de Ivanov y conforme avanzaba en su proyecto, añadía otros motivos como el incendio en París. Yo tuve que ordenar los acontecimientos y lo hice lo mejor que pude; si descuidé algunos detalles fue porque tuve que estar en todos lados. Steiner constata que, gracias a mi manejo del desarrollo de los acontecimientos, logré darle al lector la impresión de ser él mismo un espectador.

Finalmente quiero citar a Steiner: "Los enigmas sobre el personaje principal y sobre las complicaciones formales de *Los demonios* se han interpretado como fallas en la técnica". Sólo asentaré que si hay fallas técnicas, éstas se deben al autor, Dostoyevski, y no a mí.

IX

He dado a leer este manuscrito, salido del corazón, a algunos compañeros. Se han reído en mis barbas porque dicen que pretendo, en palabras de ellos "enmendarle la plana a un autor cuyo sitio en las cumbres literarias es indiscutible y cuya novela *Los demonios* es y será materia de estudio para todas las generaciones venideras". Disiento, no estoy enmendando la plana a nadie y menos a un genio (en referencia a esto, mencionaré que a pesar de que el autor y yo discutimos seriamente porque yo no quería que una vez asesinado Shatov, murieran ni Liza ni Stepan Trofimovich, él hizo lo que consideró adecuado). Jamás saldré de la novela, estoy por así decirlo condenado a ser su narrador eterno. Simplemente he creído conveniente y honrado deslindar, ya que la fama involucra mi nombre y mi honra, algunos malentendidos que consideré importantes.